

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

AÑO VI

AGOSTO DE 1976

No. 7

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
Credo del historiador, por Jaime Vicens Vives	3
El Humanismo y la Historia, por Francisco Charmot	5
Importancia del estudio de la Historia, por Félix Denegri Luna	12
Hechos ciertos y detalles divergentes, por Armando Nieto Vélez S.J.	14
Opiniones sobre la enseñanza de la Historia	17

SERVICIO DE COOPERACION CON EL MAGISTERIO

Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero

Pontificia Universidad Católica del Perú

“Los estudios combinados de la geografía, la arqueología y la historia permiten llegar a esta verdad fundamental: el hombre peruano ha demostrado, en forma terminante, su capacidad y voluntad de vencer el medio físico y obtener de su ambiente geográfico el máximo de recursos para el desarrollo de su población. El mar, la costa, la sierra, la ceja de montaña y en parte la selva misma fueron hábilmente explotados desde hace millares de años. La naturaleza hostil, en muchos aspectos, resultó humanizada. Nada hace pensar que el peruano de hoy haya perdido su tradicional aptitud. La fe en nuestros propios esfuerzos debe ser, en consecuencia, la fuerza que cohesione y aglutine la colectividad nacional”.

Luis E. Valcárcel



Desde su primer número, publicado en 1969, Enseñanza de la Historia se propuso fomentar un diálogo sincero y cordial con los profesores de la especialidad, deseosos de promover entre las jóvenes generaciones el conocimiento de nuestro pasado.

A partir de aquella fecha hemos venido recibiendo numerosas y estimulantes comunicaciones, que nos animan a continuar en el camino. Algunas de esas sugerencias se han tenido en cuenta al preparar el presente número.

CREDO DEL HISTORIADOR *

“Creemos fundamentalmente que la historia es la vida, en toda su completa diversidad. No nos sentimos, por lo tanto, atados por ninguna prevención apriorística, ni de método, ni de especulación, ni de finalidad. Despreciamos el materialismo por unilateral, el positivismo por esquemático, el ideologismo por frívolo. Intentamos captar la realidad viva del pasado, y, en primer lugar, los intereses y las pasiones del hombre común.

“Creemos que la Historia se ha desarrollado en un marco geográfico y que uno de los principales esfuerzos realizados por la Humanidad ha sido la conquista del suelo y de sus riquezas. El estudio de las relaciones entre el hombre y el medio ambiente debe ser esencial en todo intento de comprender vitalmente el pasado.

“Creemos que el hombre “está” en la Historia, y que tal actitud lo hace copartícipe de su ambiente social, hasta el punto de desdoblarse en un “sujeto” activo y un “co-sujeto” pasivo.

“Creemos en el principio de la articulación social, y en el juego libre de personalidades creadoras, minorías selectas y mayorías fieles en los grandes momentos de plenitud de la cultura; y personalidades exhaustas, minorías anquilosadas y mayorías rebeldes en las etapas de su disgregación.

“Creemos que en la historia es un factor importante la lucha por la distribución de las riquezas morales y materiales. Partiendo de su pobreza prehistórica, el hombre y la sociedad han ido creándose bienes, los cuales se traducen en el individuo por una “escala de valores” ante la vida. Establecer la realidad histórica de riquezas y valores es un elemento preliminar a todo estudio económico, social, político e ideológico del hombre, incluso en la esfera familiar.

“Creemos que la Historia debe definir las sucesivas mentalidades del pasado. Por mentalidad no entendemos la “Weltanschauung” de los filósofos, ni ninguna clase de “representación del mundo”, sino la reacción del individuo, en su varia gradación intelectual y social, así como la de los grupos que lo interpretan, ante los sucesos históricos que perturban sus anteriores

imágenes sobre los valores y las riquezas morales y espirituales. Esa mentalidad se discrimina mejor en los actos humildes de la vida corriente, que en las elevadas especulaciones de los intelectuales, aunque entre unos y otras existan, a veces, ciertas correlaciones.

“Creemos que cada generación histórica tiene su propia mentalidad, que se contrasta en el modo de recibir la herencia moral y material de la generación paterna y se revela en una serie de afirmaciones políticas e intelectuales. Pero no creemos en la “generación local”, sino en las grandes generaciones en el seno de una misma cultura; la Occidental en nuestro caso. Aquélla indica un timbre; ésta el tono del conjunto.

“Creemos que debemos aceptar las consecuencias de los hechos históricos y rehusar toda actitud batallona ante el pasado. La beligerancia frente a la Historia debe reservarse al político o al santo. Como tal científico, el historiador no pretende enmendar los sucesos históricos, sino comprenderlos en su totalidad.

“Creemos en la eficacia del método estadístico para establecer la certidumbre histórica. Un dato puede contener la verdad; doscientos nos libran del error, lo que es más importante. El método estadístico es esencial para determinar valores, riquezas y mentalidades. Sin recurrir a él a través de minuciosos análisis de precios, salarios, inclinaciones políticas y tendencias culturales, es imposible comprender nada del siglo XIX.

“Nos sentimos a gusto en nuestra Civilización Occidental, cuyos altos fines consideramos servir estableciendo la verdad histórica por la libertad en la investigación y en la exposición”.

Jaime Vicens Vives

* Del Prefacio general a la edición española de la **Historia General de las Civilizaciones**, publicada bajo la dirección de Maurice Crouzet, volumen I (Barcelona, 1958).

EL HUMANISMO Y LA HISTORIA

“Yo veo con dolor -decía Rollin- que la historia es descuidada por muchas personas a las que sería sin embargo muy útil, por no decir necesaria. Cuando hablo así, a mí mismo el primero me hago el reproche, porque confieso que no me he aplicado a ella lo suficiente, y siento vergüenza de ser, en alguna manera, extranjero en mi propia patria, después de haber recorrido tantos otros países”.

Sería de desear que nosotros sintiéramos la misma pena si es que hemos cometido la misma falta. No estamos tal vez todos libres de culpa. Se observa aquí y allá una rutina escolar que relega aun hoy la Historia entre las materias “accesorias” y en las horas de somnolencia. Involuntariamente, de muchas maneras se les hace ver a los alumnos que se le hace muy poco caso. Parece que en realidad no tuviera más que un interés de segundo orden, especialmente para la formación de los espíritus. Hay aquí un error considerable y un desvío grave causado a la educación de la juventud.

Hasta ahora no hemos hallado ninguna disciplina cuya potencia educadora pueda ser comparada a la de la historia.

I.- El punto de vista de la Cultura.

El pasado, el pasado viviente, el pasado tradicional, la experiencia pasada, el pasado que engendra el presente, el pasado patrimonio de una nación, el pasado raíz del patriotismo y de la unidad, ¿quién lo trasmite si no es la enseñanza histórica?

Nuestra enseñanza de la historia debe ser la historia de un alma, el alma de la patria, porque debe perpetuar en los corazones las virtudes y las promesas antiguas. En la enseñanza de la historia no se narran hechos inertes para curiosidad del espíritu; el humanismo no encontraría en ello ventaja alguna. Pero se sube por el río de las acciones bellas hasta las fuentes de la vida de la nación.

Haciendo el camino se encontrará tal vez, aquí y allá, fango. Diremos más adelante que no conviene negar u ocultar el fango, por más penoso que sea, si

es la verdad. Pero ya que queremos inspirar a los alumnos, no un patriotismo limitado, sino un patriotismo clarividente y convencido, no serán las manchas aisladas las que podrán impedirnos que admiremos la brillante belleza del rostro de la patria; por el contrario, ellas harán más fuerte el amor de la patria, purificándolo de toda ilusión.

¡Right or wrong my country! reza la divisa inglesa.

¡Sean las que fueren sus vicisitudes, mi país excita mi entusiasmo o mi piedad!

Tendría que ser muy torpe un profesor para agostar por medio de su sinceridad el brote natural del amor por la patria.

Así como al estudiar la geografía de un país nuestra mirada se detiene sobre los más altos picos de sus montañas, o al estudiar la historia del arte, sobre las obras maestras de la escultura y de la pintura, así, al estudiar la historia de la humanidad nuestros ojos deben fijarse mucho tiempo y con preferencia en sus excelsas acciones, en aquello que la eleva y ennoblece, en lo que demuestra su fuerza y sus aspiraciones, en sus modelos, en su élite. Payot termina su libro sobre "La educación de la voluntad" con un capítulo titulado: Influencia de los "Grandes Muertos" . . . "Hay en efecto muertos -dice él- que están a la vez más vivos y más capaces para transmitir la vida que los mismos vivos. A falta de la frecuentación de modelos que obren y hablen, nada sirve tanto para mantener el entusiasmo moral, como la contemplación de vidas puras, simples y heroicas. Este "ejército de grandes testigos" nos ayuda a combatir el buen combate. En la calma y en la soledad, esta práctica de las "grandes almas de los mejores siglos" fortifica maravillosamente la voluntad". Y va más lejos aún, con una sinceridad muy justificada: "Es una desgracia que no poseamos, como la Iglesia Católica, vidas de santos laicos para uso de la juventud".

II.- El punto de vista de la civilización.

Volvamos ahora hacia el porvenir. ¿No es la historia la más poderosa escuela del progreso? Aquí no hay más que escuchar a Pascal. El hombre dice- "está en la ignorancia en el primer año de su vida; pero se instruye sin cesar en su progreso; porque saca ventaja, no sólo de su propia experiencia, sino también de la de sus predecesores, porque guarda siempre en su memoria los conocimientos que ha adquirido una vez, y los de los antiguos que le son presentados en los libros que ellos han dejado . . . De manera que toda la serie de hombres, durante el curso de tantos siglos, debe ser considerada como un mismo hombre que subsiste siempre y que continuamente aprende". Pascal habla directamente del progreso de las ciencias, pero su observación se verifica en todos los dominios del pensamiento. El profesor de historia pone en las

manos del alumno, para los combates del porvenir, esta arma poderosa que se llama la experiencia.

La experiencia, es decir, la fuerza adquirida por los grandes impulsos del pasado; la prudencia adquirida por los numerosos peligros; la ciencia adquirida por medio de toda clase de errores; la ingeniosidad adquirida por infinitas tentativas; la osadía adquirida por medio de las victorias del trabajo, etc. Todas las potencias del hombre se han multiplicado así por la experiencia.

Cicerón dijo la verdad, y esta vez al menos sin énfasis, cuando reconoció que la historia era el testigo de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de los recuerdos, la maestra de la vida, el mensajero de la antigüedad (1). Es exacto.

Por consiguiente, ¡qué tarea de primer orden se le ha confiado al profesor de historia! El fin que debe perseguir -tan digno de un verdadero humanismo- es, en efecto, hacer madurar el juicio de los alumnos, por medio del ejemplo de los triunfos y de los reveses, de las falsas maniobras y de los métodos hábiles, de los esfuerzos útiles y del tiempo perdido, de todo lo cual los mil acontecimientos del pasado nos dan la ilustración y una concreta lección. Así, pues, no nos preocupemos más que de hacer útil y saludable a los hombres "esta experiencia hereditaria que el presente propone y lega a los siglos venideros" (Marmontel, Obras, tomo VIII, p. 75).

Se necesitarían muchas páginas para exponer todas las ventajas de esta experiencia. Las resumiremos en dos palabras, dos palabras que no dicen todo pero que son elocuentes: sabiduría y confianza.

1o Sabiduría. Por la práctica se hace uno artesano. La historia enseña cómo se descubren, se comienzan y se acaban todas las obras humanas: aquellas a las que una inteligente conducta ha llevado hasta la perfección, y aquellas a las que una loca temeridad o una torpe debilidad ha hecho fracasar (2).

(1) "Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuncia vetustatis" (De orat., 1,2).

(2) El espíritu de tradición no se opone al espíritu de progreso. Al contrario: es su condición, su acicate. Un río corre con abundancia: ¿de dónde viene? Así el progreso, ¿de dónde viene? De la sabiduría adquirida por la tradición.

"El respeto de la tradición es la condición misma de la libertad verdadera del espíritu. Porque al fin, ¿qué es un espíritu libre? Un espíritu libre es un espíritu que si no es esclavo de los prejuicios del pasado, no lo es tampoco de las "novedades" de su tiempo, porque se duda que algún día se conviertan en antigüedades; es un espíritu que no cree que la verdad lo ha esperado a él mismo para comunicarse al mundo; es un espíritu que sabe cuán poco es lo que le pertenece, a no ser la herencia de su raza, la continuación de la historia y los legados de sus mayores; es un espíritu, en fin, que se ha formado en el trato y en la frecuentación de los demás, abierto a todas las ideas, domado por el ejercicio, ampliado por la comparación, enriquecido por la experiencia, y ¿qué es la tradición sino el tesoro hereditario de la experiencia de la humanidad? Los conocimientos de toda una vida, que muchas vidas de trabajo y de aplicación no serían

Desde este punto de vista tanto el mal como el bien tienen su utilidad.

La imparcialidad y la sinceridad del historiador, que a veces parecen tremendas virtudes, se muestran entonces bienhechoras para la educación. Tenemos necesidad de conocer los defectos nacionales, si no queremos caer en los defectos del pasado. El que ignora su debilidad es heterodoxo y peligroso para sus hermanos. Así, pues, nada de mentiras; la mentira que hace la farsa de virtudes.

Las infiltraciones engañosas son contrarias al humanismo tanto como a la verdad.

Sin embargo, cuando es necesario mostrarlo, hay que poner el mal en su justo lugar, es decir, denunciarlo como un mal, como un germen de corrupción que puede convertirse en mortal si no nos defendemos contra su virulencia. Entonces se hace instructivo; enseña cómo nos conviene obrar en lo futuro. Las sanciones, a veces terribles, de la justicia inmanente, pueden ser referidas en la enseñanza tan rápidamente a los crímenes, que adquieran un carácter medicinal muy vigoroso para las generaciones sucesivas (3). Así todo concurre en esta ciencia a dotar a los alumnos de una masa secular y muy advertida.

2o La confianza. La enseñanza de la historia debe, pues, darnos esta sabiduría que guía al espíritu en todas sus empresas, pero también la confianza que lo conduce victoriosamente más allá de los peligros.

Un pueblo está perdido si pierde la confianza en la prueba. Y "La historia abate las pretensiones". "Hay que evitar en la enseñanza como en otras cosas un cierto espíritu triste que mantiene el dolor perpetuo del pasado, el disgusto de lo presente y el temor de lo porvenir, que dice palabras amargas, con frecuencia injustas, sobre la pretendida decadencia de la patria ... Habría que reaccionar, aunque uno no tuviera esperanza en sí mismo, porque el pedagogo debe preparar para la acción a las jóvenes generaciones, y no conseguirá nada si forma una generación de desanimados; hay que reaccionar, porque los hechos no justifican un pesimismo universal y enervante. Sin

bastante para permitir que los adquiriésemos, la tradición los pone casi de un golpe a nuestra disposición para que los usemos según nuestras necesidades: y he aquí por qué, si la libertad se mide por la extensión y diversidad de la experiencia, una al menos de las condiciones necesarias se halla en el respeto de la tradición" (Brunetière, *Discurso a la Academia*, p. 162)

(3) "La Historia no puede anunciar cuál será el día de mañana, pero es el depósito de la experiencia universal, muestra el nexo que hay entre el castigo y la falta. Esta justicia de la Historia no es siempre la de la razón; perdona a veces al culpable y salta generaciones, pero jamás escapan a ella los pueblos. Para éstos, sabiduría y grandeza, impericia y decadencia son términos de una ecuación en la que el historiador debe despejar la incógnita, buscando las causas que han llevado a las caídas o a las prosperidades" (Dury, *Historia de los romanos*).

disimularse a sí mismo, sin ocultar a los que escuchan los males y los peligros de la hora presente, el maestro sabrá guardar y conservar en los demás toda la confianza en el porvenir de la nación”.

¿No será oportuno recordar el apóstrofe de Lamartine en 1830?

*Niño de seis mil años a quien un poco de ruido asombra,
No te turbes por una palabra nueva que estalla,
¡De un imperio desplomado, de un siglo que se va!
¡Qué importan los trozos que están esparcidos por el camino!
¡Mira hacia adelante, no hacia atrás!
¡La corriente va hacia Yavéh!*

*Que en vuestros corazones estrechos vuestras vagas esperanzas
No se desplomen sin cesar con todo el oleaje, esas olas os arrastrarán,
hombres de poca fe . . .*

III.- El punto de vista de la humanización.

Enseñar a los alumnos a conocer, estimar y amar con convicción a su país, armarlos para la conquista de la vida con todas las cualidades que los hacen victoriosos, es ya humanizarlos profundamente.

La historia, abstracción hecha de la cultura ancestral y de las preparaciones directas del porvenir, ejerce, y por consiguiente desarrolla las facultades del niño con plenitud, conservando entre todas un gran equilibrio.

La historia es concreta e idealista a la vez, científica y literaria, positiva y filosófica. Ella debe serlo para permanecer digna del humanismo.

Concreta.- Lo será sin trabajo, puesto que es narrativa. El hombre, su naturaleza, sus costumbres, sus tendencias, sus pasiones, sus recursos, sus miserias, no están definidas en lo abstracto, como en los tratados de psicología o en los retratos de los moralistas; sino expuestas en el curso de su acción, sorprendidas en pleno movimiento. La misma novela, que narra, busca una base en la historia, y no es más que un “trozo de vida”, como dice, artificialmente cortada y relacionada con otras piezas vividas. El drama imita a la historia y se hace falso a medida que se aleja de lo real. La enseñanza histórica no abandona nunca la solidez de los hechos y huye las ficciones. Por eso interesa y cautiva al alumno sin esfuerzo. ¿Qué no se debe esperar de una educación que se posesiona tan profundamente de la naturaleza del alumno?

Sin duda no es imposible reducir las lecciones de historia a secas abstracciones. Pero lo que sucede no debería suceder. Los instrumentos no son la causa del mal uso que de ellos se hace.

Idealista.- Es idealista, porque esos hechos hablan no sólo a los sentidos, sino también a la inteligencia, al corazón, a la imaginación, a toda

el alma. Una orquesta es un hecho sonoro; pero de ella sale música. Un claro de luna es un hecho ondulatorio, pero de él sale poesía. Un cuadro es un hecho químico, pero de él surge un sueño. Así, la epopeya de un pueblo es a la vez música, poesía y sueño; toda la sinfonía de los sentimientos humanos vibra en sus cuerdas; y la historia une lo que las artes separan.

Científica.- También lo es, al igual que todas las ciencias de observación. El profesor sigue un método riguroso que se llama método histórico; el cual no sólo tiene sus exigencias técnicas, sino también sus exigencias de alma que se pueden reducir a una sola palabra: **probidad**. La pasión de la verdad es la que sostiene al historiador en sus investigaciones infinitamente delicadas y complejas. Porque "una larga y escrupulosa observación del detalle es... el único camino que puede conducir a cierta vista del conjunto". He aquí lo que forma la inteligencia y el carácter de los jóvenes. Fustel de Coulanges, a quien acabo de citar, confiesa que las investigaciones históricas exigen una enorme cantidad de paciencia, de tenacidad, de prudencia, de astucia. Porque "para un día de síntesis se necesitan años de análisis".

Ninguna ciencia desarrolla en el mismo grado el espíritu de fineza mezclado con el espíritu de geometría, el sentido de lo real incomprensible y del trazo preciso; en una palabra: ninguna ciencia toca, como ésta, los límites extremos del esfuerzo humano.

Literaria.- Lo es sin duda en toda su contextura. Porque se trata de representar la vida y no de disecarla. Aquí la anatomía del cuerpo sostiene la carne y los músculos, el movimiento y la expresión del alma. Por eso el historiador tiene necesidad de una fuerte imaginación, adivinadora de secretos, creadora de formas; una imaginación que esté disciplinada por la razón y al servicio de la verdad. Los grandes historiadores son todos hombres de gran envergadura, hombres de pensamiento y hombres de pluma; un solo defecto repercutiría en su obra y la colocaría en segundo plano. Si la educación gana sobre todo con la frecuentación de personalidades poderosas, en la historia se vive en contacto con ellas y en su intimidad.

Positiva, la historia no parte de ideas para sacar de ella conclusiones teóricas. Con frecuencia emplea el método deductivo; pero es ante todo inductiva, en su marcha ascendente, de los hechos a las ideas generales. Ella habitúa a ciertos espíritus a gobernar su precipitación natural hacia la lógica abstracta, a adaptarse a las realidades, a no adelantarse a los hechos, sino a seguir su aparente capricho, a ser el servidor de las voluntades providenciales y no el señor inflexible.

¿No es esto la formación por excelencia del espíritu? Cuando se ha adquirido el hábito leal de ver y tomar las cosas como son, a fin de conducirlas al punto en que deben estar, y sobre todo a fin de elevar el alma a las cimas del deber y del éxito, ya se es un hombre de valer, y casi un ser de

excepción.

Filosófica, en fin, lo es la historia a su modo. "La gran ventaja educativa que nos puede traer la historia, es precisamente la de crearnos una perspectiva, la de enseñarnos a mirar de lejos y desde lo alto. En este oficio, que le es propio, ninguna otra disciplina podría sustituirla" (M. Parodi).

La historia nos eleva mucho sobre todas las estrecheces del individualismo, del egoísmo, del nacionalismo exclusivo, de la celosa rivalidad, del contacto con lo material. Porque se proyecta la mirada por encima de los espacios y de los tiempos, se ven los conjuntos, y todo lo particular puesto en su debido sitio no tiene sentido sino dentro del todo.

El historiador Camilo Jullian (1859-1933) lo dice enfáticamente: "Si abandonásemos el estudio de la historia no seríamos en el tiempo eterno más que miserables mostrencos, separados brutalmente de la obra de los siglos, que van a la deriva sin esperanza de alcanzar la orilla, y condenados a desaparecer en las olas de las horas despiadadas. Y la cadena de la humanidad viviente será para siempre despedazada".

Francisco Charmot*

* Francisco Charmot (1881-1965) fue un distinguido educador francés, perteneciente a la Compañía de Jesús. Especialista en pedagogía y temas humanísticos, es autor de varios libros, en los que destaca el valor formativo -personal y social- de las disciplinas históricas.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA

Historia y formación nacional

Para la comprensión de nuestro ser comunitario no puede prescindirse de la Historia. Nuestro pueblo hunde sus raíces en el pasado para proyectarse hacia el futuro. La falta del debido conocimiento histórico haría, por incoherente, imposible el cabal conocimiento del Perú. Sólo a través de la Historia puede explicarse nuestra existencia nacional, no obstante las barreras geográficas, lingüísticas, etc. La historia, es decir la Historia del Perú, nos explica por qué somos peruanos y no otra cosa.

Los pueblos se han preocupado desde antiguo por conocer su pasado. De ese anhelo no escapan las naciones actuales, cualquiera que sea el ámbito político al que pertenezcan; y así norteamericanos y rusos, israelitas y árabes, pretenden tener conciencia de su ser nacional y enseñan en forma intensiva sus respectivas historias nacionales, impulsando además los estudios históricos, que son los que sustentan y fortifican la verdadera conciencia ciudadana.

El nacionalismo no puede basarse en una retórica hermosa y sentimental. Debe apoyarse en el sólido conocimiento de la historia patria, vehículo indispensable para comprender lo que somos. El desconocimiento de la historia patria, en mi opinión, nos transformaría en verdaderos ilotas mentales, predispuestos a perder nuestro sentido nacional y a dejarnos alienar por cualquier ideología de moda o esnobismo.

Los textos de Historia

Los textos de historia necesitan ser más formativos que informativos; más atractivos para los estudiantes y, adentrándose en lo sustantivo, dejar de lado repeticiones de apellidos y cronologías y otras exigencias memorísticas, que hacen odioso y aburrido el aprendizaje de la Historia y no dan al educando conocimientos más trascendentes.

Deben también los textos escolares actualizarse teniendo en cuenta los descubrimientos arqueológicos y de nuevas fuentes históricas. Existen nuevos

plantéamientos, que tienen que ser recogidos de alguna manera en nuestros libros de texto.

La Historia no puede tener un carácter apologético, sino expresar la verdad con seriedad. Creo, por lo demás, que la historia que se enseña en las escuelas debe ser escrita por peruanos para evitar deformaciones. Para los propósitos enunciados es indispensable no sólo la formulación de los programas por la acción conjunta de historiadores y pedagogos. Conviene que en la redacción de los libros de texto intervengan -además de pedagogos e historiadores- expertos en diagramación, ilustraciones, etc. En los textos de enseñanza hay que tratar de llegar en forma atractiva y pedagógica al escolar.

Félix Denegri Luna

HECHOS CIERTOS Y DETALLES DIVERGENTES

La descripción de un acontecimiento o de una secuencia histórica —sobre todo en lo que Fernand Braudel llama “tiempo corto” o “corta duración”— supone en el historiador la cuidadosa averiguación de numerosos detalles. La exactitud de éstos no siempre es fácil de comprobar. Hay hechos suficientemente establecidos (fechas en la vida de grandes personajes, en revoluciones, batallas, etc.); pero a medida que el investigador se adentra en las circunstancias menudas de tal o cual peripecia, se le hace dificultoso obtener una certeza satisfactoria. El acuerdo unánime es difícil de conseguir no sólo entre los historiadores, sino hasta entre los mismos testigos, cuya atención no estuvo quizás bastante alerta ni dirigida a la observación precisa. Con frecuencia resulta imposible registrar la verdad de una circunstancia que necesitamos para completar una narración histórica.

Es útil recordar aquí el axioma de Rhomberg, aunque no abundan las oportunidades de que el historiador pueda practicarlo en su exigente integridad. “Cuando dos o más testigos (oculares o de vista) contemporáneos, independientes entre sí, informan de un mismo hecho con los mismos variados detalles, que están respecto del hecho solamente en una relación accidental y no necesaria y formal, los informes coincidentes debieran ser verdaderos en cuanto coincidan, si el hecho, acompañado de los detalles correspondientes, fue tan claramente perceptible que no fuese posible engaño alguno sobre el mismo”. Es obvio que otras normas críticas complementan este axioma cuando entran en juego rumores, engaños, prejuicios, ideas tendenciosas, etc.

Ofrecemos a continuación un relato o “montaje” de noticias sacadas de periódicos ingleses que informaron sobre el episodio de la pérdida del mundialmente famoso acorazado alemán “Graf Spee” después del combate naval del Río de la Plata (13 dic. 1939). Podemos apreciar cómo despachos telegráficos inmediatos, enviados con prisa a los diarios británicos, difieren hasta oponerse contradictoriamente. Relatos posteriores, elaborados con más calma y averiguación, como los de Julio Speroni Vener, Gordon

Landsborough y Michael Powell, muestran mayor coherencia, acuerdo y, por tanto, verdad.

El hundimiento del "Graf Spee"

Ya a punto de sumergirse (Express), el acorazado alemán de bolsillo entró seriamente averiado en el puerto de Montevideo (Guardian) a toda velocidad (Telegraph), popa adelante (Telegraph). El buque alemán se deslizó (Herald) dentro de aquel difícil puerto a medianoche, con todas sus luces apagadas (Telegraph), mientras sus reflectores lanzaban deslumbradores rayos a través de las aguas (Herald). Sus averías no lo habían incapacitado para navegar (Herald), ya que a duras penas se mantenía a flote y tenía muchos agujeros y grandes boquetes a lo largo de su línea de flotación (Herald, en la misma página). Sus cañones estaban ya fuera de combate (Standard), pero nada sugería que se lo hubiese reducido a silencio antes de abandonar la lucha (Chronicle).

Transportados a los astilleros (Standard), los hombres de la tripulación se pusieron a trabajar con la soldadura autógena y los remaches (Express) con el fin de realizar las reparaciones que pudieran ejecutar ellos mismos (Standard). Ante las enormes dificultades que se les presentaron para llevar a cabo los trabajos, a causa de que las firmas locales se negaron a proporcionarles el material que necesitaban (Chronicle), el capitán se dirigió a los muelles y compró enormes cantidades de chapa de acero (Express).

El acorazado de bolsillo recibió órdenes de las autoridades uruguayas para hacerse a la mar el sábado a las 5 de la tarde (Express), a las 6.50 de la tarde (Mail), a las 11.30 de la noche (Telegraph), a las 2 de la madrugada (Standard). Se le permitió permanecer en el puerto 24 horas (Express), 48 (Herald), 72 (Telegraph), 30 días (Chronicle).

El sábado (Referee) el acorazado de bolsillo puso en marcha sus motores Diesel de 54.000 HP y levó anclas. Comoquiera que los cañones de 15 pulgadas del "Renown" lo amenazaban (Referee), desde Río de Janeiro (Express), decidió hundirse a sí mismo abriendo las compuertas (Mail) por la explosión de un gran número de bombas que se habían colocado en su casco, a proa y popa (Telegraph). El comandante se hundió con el barco (Herald); fue conducido a Buenos Aires (Telegraph). Antes que el "Graf Spee" fuera envuelto por el humo del incendio, las grandes banderas de combate, con la cruz gamada, podían divisarse todavía, con los prismáticos, ondeando en lo alto de sus mástiles (Herald). Las banderas fueron barridas en la primera explosión (Express).

Aun entre tantos datos discrepantes, hay hechos ciertos como las serias averías causadas por los barcos ingleses en el "Graf Spee", la entrada nocturna en el puerto de Montevideo, el hundimiento final.

Un ejercicio interesante, que sugerimos al profesor, consiste en comparar las descripciones, partes e informes del combate naval de Angamos, utilizando versiones chilenas y peruanas. El resultado podría establecer con firmeza algunos puntos. Otros, en cambio, se verán signados con un coeficiente de incertidumbre. El profesor enseñará a los alumnos a distinguir entre unos y otros. Ejercicios similares pueden, naturalmente, hacerse con acontecimientos de nuestra historia sobre los que disponemos de variedad de informes.

Armando Nieto Vélez S.J.

OPINIONES SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Al cuestionario sobre la enseñanza de la Historia, que preparamos en 1973, respondieron -con deferencia y gentileza que compromete nuestro agradecimiento- maestros universitarios y secundarios de reconocido prestigio profesional. Nos es grato presentar a continuación el texto de las respuestas a la cuarta pregunta.- (R.P.R. y C.G.M.)

¿Qué relación existe entre la enseñanza de la Historia y el fomento de la solidaridad nacional?

. Percy Cayo Córdova: “Muy estrecha. No habrá jamás solidaridad nacional si no sabemos -o si ni siquiera nos enteramos- que tenemos algo de común con todos los que habitan estos territorios, aún en los lugares más remotos. La Historia es factor insustituible en el fortalecimiento de un sano sentimiento de solidaridad nacional”.

. Juan Carlos Crespo López de Castilla: “Depende de lo que entendemos por enseñanza y por solidaridad, y esta última creemos que debe generarse por la toma de conciencia de una situación compartida, a la que también debe llegarse a través de una cabal comprensión de la historia como perspectiva, como proceso”.

. Onorio Ferrero: “La solidaridad nacional no puede ser el fin de la enseñanza de una ciencia si no tiene objetivo de carácter pragmático. De todas maneras el patriotismo puede entenderse como un apego al terruño que implica su pasado histórico o como un nacionalismo que en mi concepto desvirtuaría una visión histórica objetiva e integral”.

. Margarita Guerra Martiniere: “La solidaridad nacional es una consecuencia lógica de la enseñanza de la Historia, dado que la conciencia de pertenecer a una misma realidad, sea ésta una misma familia o una misma comunidad o nación, es la base para dicha solidaridad”.

. Luis Iberico Mas: "Al establecer acontecimientos comunes y precisar valores humanos también comunes, se está propendiendo a formar un sentimiento solidario. Sería de desear que los hechos de los que se informa correspondan a una autenticidad formativa, lejos del episodio trivial o personalista, pues si el valor se engarza y objetiva en el hombre, éste no es más que un miembro del grupo que es el ente que da el contenido axiológico al obrar individual.

La solidaridad se ha de constituir sobre principios y metas sociales y no sobre actitudes y comportamientos individuales, que bien pueden generar dogmatismos o fanatismos negativos a la consolidación del sentimiento humanista que debe unir a los hombres, más allá de las ficticias fronteras territoriales que los separa".

. William M. Mackay Higgs: "Existe una relación estrecha. La Historia narra el pasado, lo explica. Pero la enseñanza de la Historia puede realizarse con visión partidaria y divisoria. La enseñanza debe hacerse en base a la verdad, pero verdad que busca la unidad espiritual de la nación en una forma armoniosa y amorosa".

. Jorge C. Muelle: "Aun los pueblos llamados "pueblos sin historia" (geschichtslos), sin escritura, ágrafos, tienen leyendas y tradiciones. Las experiencias comunes son lo único que da fuerza a las relaciones sociales, como el conocimiento de los antepasados comunes hace los lazos familiares".

. Armando Nieto Vélez S.J.: "Me parece que el fomento de la solidaridad nacional debe reclamar el estudio de la Historia como ingrediente esencial. No hay ningún país cohesionado y fuerte que no tenga respeto por su historia. Lo cual no excluye el sentido crítico frente al pasado. El propio Lenin miraba con desconfianza a los partidarios radicales y fanáticos del "Proletkult" (cultura proletaria), que querían hacer tabla rasa del pasado, pretendiendo comenzar todo desde cero, desde las ruinas causadas por la revolución, Lenin no temía reconocer las "reservas del saber que la Humanidad ha ido acumulando bajo el yugo de la sociedad capitalista, etc." Esto es sencillamente reconocer con inteligencia las aportaciones del pasado. No se puede pretender marchar hacia una sociedad solidaria despreciando las enseñanzas de la historia. Es muy sabia la advertencia de Jorge Santayana: "El pueblo que no quiere conocer su historia se verá obligado a repetirla". Tan lamentable actitud ¿no sería la negación del progreso?".

. Teresa Pardo Sandoval: "El Perú es un país de contrastes en diversos aspectos, entre ellos el conocidísimo referente a su geografía. No es, pues, necesario insistir en la urgencia, de dar al niño, al adolescente elementos que despierten y desarrollen en ellos el sentimiento de solidaridad, y uno de los mejores medios para conseguirlo es la Historia, porque a través de ella se

puede ver claramente cómo -a despecho de los aludidos contrastes- la unión en los momentos de prueba se ha mantenido.

La Historia también pone de manifiesto los aportes con que cada región del Perú ha contribuido en las diferentes etapas de ella, así como el desigual trato y la "menor parte" que a algunas de nuestras regiones les ha cabido a través del tiempo. Teniendo en cuenta el amor por la justicia y la igualdad -propios de la juventud-, pensamos que la enseñanza de la Historia propiciará el desarrollo de la solidaridad nacional".

. Eusebio Quiroz Paz-Soldán: "Creo que existe una estrecha relación entre la enseñanza de la historia y el fomento de la unidad y solidaridad nacional. Si partimos de la toma de conciencia de que somos un país con diferentes aportes étnicos, culturales e históricos, que todos ellos como herencia conforman una sola entidad que es el Perú, que entre todos los peruanos tenemos que asumir la tarea de construir el porvenir, entonces enseñar bien la historia del Perú es fomentar la solidaridad, es hacer sentir más peruanos a todos; y es hacerlos partícipes de los valores esenciales que constituyen la idea de Patria. No puede haber un país unido que no respete su pasado, su tradición, su origen, su estructura en el tiempo. La Historia debe contribuir a esta labor".

. Raúl Rivera Serna: "Consideramos que existe una estrecha relación, ya que el estudio o el recuerdo del pasado de nuestro país nos hace sentir más unidos al participar solidariamente de una emoción común, cuando recordamos hechos de honda significación cívica o también cuando nos toca recordar acontecimientos ingratos".

. Luis Alberto Sánchez: "Si la historia es común -y lo es en alto porcentaje- de hecho contribuye a la solidaridad. No hay pueblo solidario sin historia. Iván el Terrible y Pedro el Grande están insertos en la actitud histórica soviética. La revolución cultural de Mao ha llegado a un nuevo budismo que tiene sus raíces en una actitud legendaria".

. Fernando Silva Santisteban: "La ideología es la fuerza que impulsa y cohesionan las realizaciones de cada sociedad; las ideas comúnmente compartidas constituyen el ambiente espiritual -tan real como el clima, las montañas o las edificaciones- de toda sociedad y tiene acción determinante sobre sus realizaciones materiales. Cualesquiera que sean los puntos de vista de los grupos e individuos que viven en un país, sus doctrinas y credos, sus ideales políticos o sus posiciones de clase, por encima de todo está, sin embargo, el espíritu nacional. Creo que el más alto y concreto de los valores sociales es el sentimiento de patria y las nociones de libertad y responsabilidad que nos comunica y garantiza. Este es el denominador común que une e identifica a todos los peruanos".

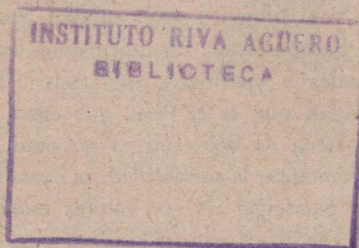


IRA - BIBLIOTECA



63411000164279

Luis E. Valcárcel: “Ya lo dije al comienzo: heredamos dos valores extraordinarios de la vieja Cultura Andina: solidaridad y cooperación. Esos hombres que conocieron su propio país como nadie en el mundo, supieron que sólo afianzados en tales sentimientos podían edificar una sociedad ejemplar”.



Publicación No. 97

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

INSTITUTO RIVA-AGUERO

Servicio de Cooperación con el Magisterio:

Percy Cayo Córdova, Margarita Guerra Martiniere,
Armando Nieto Vélez S.J., Raúl Palacios Rodríguez,
Pedro Rodríguez Crespo y César Gutiérrez Muñoz.